Informe preliminar sobre la actuación de urgencia de 1991 en la cueva de Abauntz

PILAR UTRILLA y CARLOS MAZO

1. EL EQUIPO

La sexta campaña de excavaciones de la cueva de Abauntz (Arraiz, Navarra) tuvo lugar en verano de 1991 entre las fechas de 15 de agosto a 15 de septiembre. Los trabajos fueron dirigidos personalmente por los dos firmantes, contando con un equipo de licenciados y alumnos procedentes de las Universidades de Zaragoza y Navarra, veinte personas divididas en dos turnos de 15 días [1].

Ninguno de los citados, incluídos los directores y los licenciados en paro, percibió remuneración alguna por su trabajo, siendo la jornada laboral de 9 a 2 por la mañana y de 5,30 a 8,30 por la tarde. A esto se añade una hora más de inventario en el Hostal, hasta las 9,30 de la noche. La segunda quincena, en septiembre, representó algún problema ya que se bajaba el desfiladero de la cueva cuando ya había oscurecido. Recibimos la visita y el consejo de Ignacio Barandiarán y de Ana Cava, además de mostrar la cueva a múltiples veraneantes y vecinos, incluídos todos los alumnos de 7.º de E.G.B. de la escuela de Larrainzar acompañados por su maestro. Con ellos tuvimos una charla de divulgación, mostrándoles los materiales hallados y acompañándoles en la «exploración» de la cueva. (Lam. I)

El estado del yacimiento a nuestra llegada era el habitual: encontramos la verja forzada en la parte del cerramiento de cemento y se había practicado un gran boquete por el que se habían colado personas clandestinas y turistas que habían derrumbado los cortes de la campaña de 1988 y escarbado entre las inhumaciones calcolíticas.

2. LA ACTUACIÓN

El plan previsto para 1991 pretendía vaciar en lo posible los niveles fértiles de la cueva, al menos los de habitación paleolítica y neolítica, contando con la posibilidad de dejar los muertos calcolíticos *in situ* ya que ocupaban toda la superficie de la cueva y parecía trabajo arduo extraerlos en su totalidad sin contar con maquinaria.

Se actuó simultaneamente en dos cuevas: la de Abauntz, donde se centró el peso de los trabajos y la pequeña de San Gregorio, la cual, dada la estrechez de sus paredes (unos 80 cm.) no permitía más que el acceso de una persona, dos en alguna zona más ancha.

1. En el primero de ellos participaron, junto a los dos directores, los licenciados Aurora Romeo y Jesús Román y los alumnos Ignacio Molina, Alberto Alija, Jesús García, Fernando López, Astrid Solans, Javier Arenaz, Ivana Tobajas, Mercedes Yusta, Luis Perlado e Inmaculada Puértolas. En el segundo turno participaron la licenciada Alicia Cepero y los alumnos Iratxe Unzueta, Elba Ochoa, Sergio Guillén, Jesús García, Mercedes Navarro, Marta García y Penélope González.

Lámina 1
Alumnos de Larráinzar de 7.º de E.G.B. visitando la cueva con su maestro.

Se ocuparon de esta labor durante una semana dos licenciados del primer turno, Aurora Romeo y Jesús Román, aunque no pudieron completar la excavación al obtener en ella algo no previsto: una ocupación magdaleniense en lugar de la esperada de la Edad del Bronce. La aparición de buriles de sílex, hojitas de dorso, colgantes de hueso y fauna paleolítica nos permiten clasificar sin problemas el yacimiento como un asentamiento magdaleniense, probablemente encaminado a controlar la caza desde la peña situada enfrente.

En la cueva de Abauntz trabajamos en varios frentes simultáneamente, tal como puede observarse en la fig. 1.

a) en el pasillo de entrada (cuadros 3G, 3H, 3I, 2G, 2H, 2I) actuando sobre los niveles no cerámicos (d, e y f);

b) en el fondo de la Primera Sala (cuadros 4A, 2A, 1A, 3A, 3B, 5B) hasta dejar libre la roca. Aquí se profundizó en la totalidad de la secuencia estratigráfica, pasando por el nivel romano, los dos de enterramientos calcolíticos, el nivel neolítico y los dos paleolíticos);

c) en corredor de acceso a la Segunda Sala (cuadros 7B, 7C, 7D, 9B, 9C, 11C Y 11D). Se excavó por falta de tiempo hasta la profundidad de 2,65, dejando para campañas posteriores la extracción del resto de nivel magdaleniense. Este fue adecuadamente protegido con plásticos y abundante tierra encima;

d) en el centro del corredor, en una zona más amplia (banda del cuadro 25) con el fin de comprobar el final de la ocupación paleolítica. Sin embargo los magdalenienses habían ocupado esta parte de la cueva, a pesar de la total ausencia de luz natural. La razón habrá que buscarla en la mayor amplitud que posee esa zona debido al ensanchamiento máximo del corredor y a la mayor altura del techo (UTRILLA 1982, figs. 3 y 4).

En la campaña de 1991 fueron excavados 25 metros cuadrados, extrayendo en ellos 18'5 metros cúbicos de tierra. Esta fue cribada a mano con cedazo de malla fina en su totalidad, obteniendo 12.495 objetos que fueron siglados e inventariados, además de un número indeterminado de restos de fauna. Los datos resultan significativos si se tiene en cuenta que el total de cuadros excavados en la cueva es de 54, con un volumen de 43,6 m.^{3}, con un montante de piezas inventariadas de 27.389.

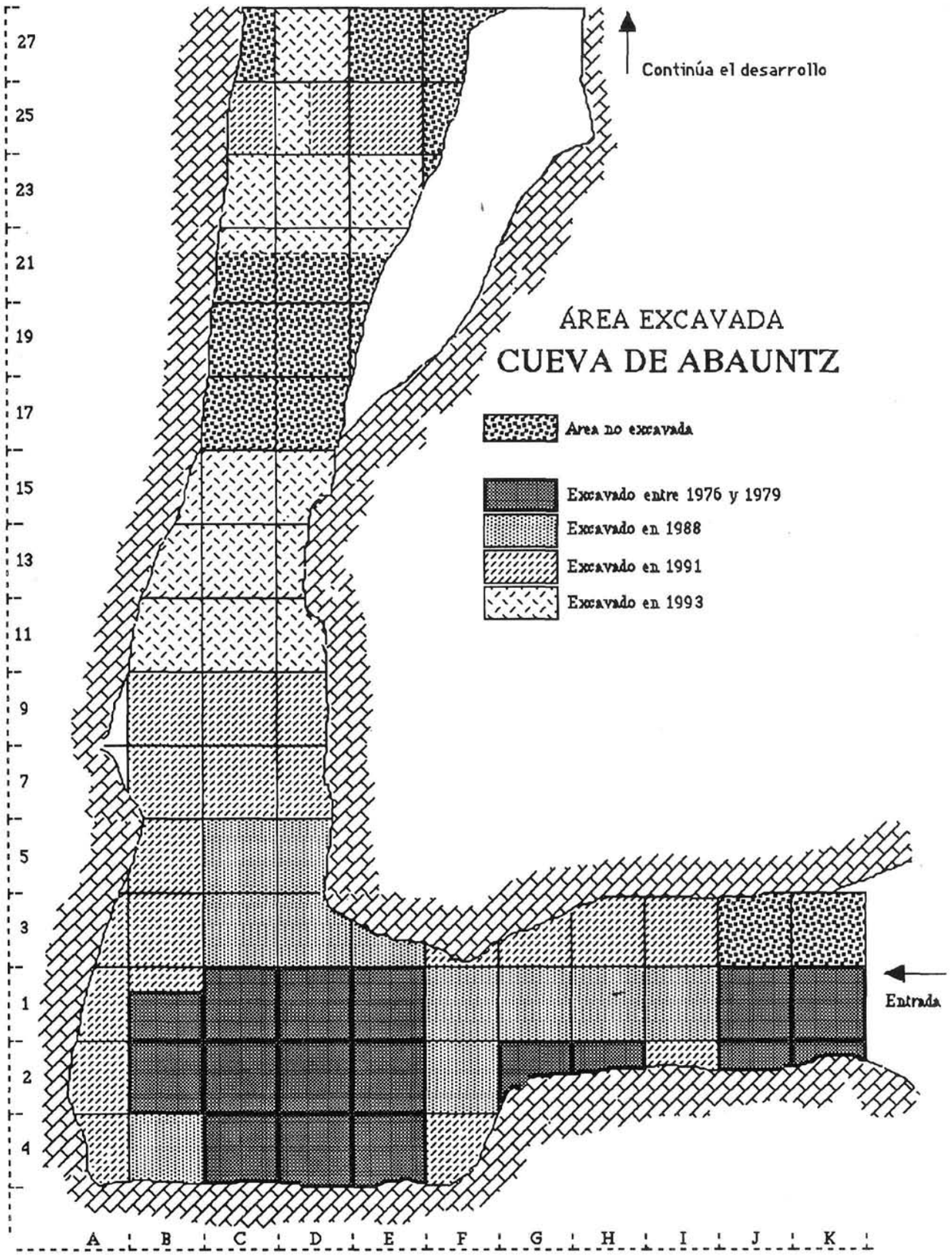

Fig. 1
Planta de la cueva de Abauntz (se incluye también la campaña de 1993).

3. La estratigrafía

Todos los niveles establecidos en campañas anteriores han aparecido en 1991, si bien hay alguna novedad estratigráfica que queremos comentar:

– no había distinción entre los niveles calcolíticos, b1 y b2, siendo escasos o nulos los restos de este último (muertos quemados) a partir de la banda 7. En su lugar se habían practicado fosas profundas para enterrar a los muertes (calcolíticos) o para esconder tesorillos (romanos del siglo V) alcanzando en algunos casos la dura superficie del nivel f.

– el nivel b4, neolítico de habitación, apareció en las bandas 7 y 9 y en los cuadros 2A y 4A. En los demás se hallaba alterado por los enterramientos calcolíticos.

– el nivel c, costra calcárea blanquecina, no ha dado material alguno, aunque debe advertirse que sólo ha podido ser detectada intacta en pequeñas superficies residuales.

– el nivel d, aziliense, ha resultado casi estéril en los cuadros del pasillo de entrada, entregando algunas lascas y escasos restos de fauna.

– el nivel e, magdaleniense, presentaba sobre él un nuevo nivel rojo vivo, que alcanzaba gran potencia en las bandas 7, 9 y 11. No aparecía en los cuadros excavados de la primera sala (2A y 4A) ni tampoco en el pasillo de entrada. Parece concentrarse en la zona profunda del ensanchamiento del corredor y quizá corresponda a aquel nivel «e1» que se detectó en el cuadro 1E con un espesor de 2 cm. (Utrilla 1982). En este caso sería el extremo de un posible encharcamiento de aguas cargadas de hierro que habrían dado origen a tal coloración. En las bandas 3 y 5 este nivel aparece violado por las enormes fosas de los enterramientos calcolíticos. No contenía apenas industria, salvo en su parte baja, próxima a la superficie del nivel e.

– el nivel f se presentaba estéril con algunas piezas solutrenses en su cima. Puede aparecer con una textura limosa, que permite excavarlo con espátula a modo de láminas de mantequilla, o con la dureza que ofrecía en algunos cuadros de las primeras campañas (4C, 2C) donde era necesario utilizar el pico de geólogo. De cualquier modo es un nivel muy pobre, casi estéril, salvo por las piezas solutrenses que engloba en su techo. Nuestra primera interpretación, a falta del estudio sedimentológico, es que debió existir algún nivel del Solutrense Superior durante la oscilación de Lascaux, del cual no queda más rastro que las piezas que se introdujeron en la superficie del nivel f por pisoteo o las que quedaron retenidas entre las piedras que separan los niveles e y f. El hogar inferior del cuadro 1C-2C, que denominamos lentejón g en 1982, pudo ser un residuo de esta ocupación.

En el cuadro 25 D y 25 E la estratigrafía se limitaba a dos costras calcáreas intercaladas entre varios niveles fértiles, el superior contenía enterramientos calcolíticos y el inferior se hallaba subdividido en dos potentes niveles: uno rojo vivo, similar al detectado en las bandas 7 a 11, y otro gris, el clásico e del resto de la cueva.

Observamos también varias alteraciones estratigráficas como canalillos de agua que surcaron los bordes de las paredes de la cueva, madrigueras de animales fosores (7C, 9C, 9D), hallando el esqueleto entero de un tejón en los cuadros 3A-3B, e innumerables pozos circulares practicados para enterrar muertos calcolíticos o esconder monedas romanas que han dañado seriamente todos los niveles subyacentes, en especial b4 y d, los menos duros. (cuadros 7C, 7D, 1A, 7B/ 9B, 9C/9D, 11C/11D y 25E).

4. Los materiales

La campaña de 1991 no ha presentado novedades importantes en algunos momentos de la ocupación (niveles romano [2] y aziliense) mientras que en otros (calcolítico, neolítico, magdaleniense y solutrense) ha proporcionado objetos muy interesantes, tanto por su singularidad (arte mueble paleolítico) como por su carácter de fósiles directores. Ellos han permitido aquilatar la noción que teníamos de las sucesivas ocupaciones y en otros casos incluso modificar la clasificación cultural que tenían asignada. Veamos los más interesantes:

2. En el nivel a, de ocupación bajoimperial romana, sólo podemos destacar el hallazgo de monedas de bronce de la misma cronología que las ya publicadas (fines del s. IV, comienzos del s. V). En total se han inventariado 135 monedas, de ellas 64 pertenecen a las campañas ya publicadas, 17 se hallaron en la campaña de 1988 y 54 en la de 1991. La mayoría de ellas están muy deterioradas y son ilegibles. Un aplique de hueso con tres perforaciones idéntico al publicado en 1982 (fig. 11.13) y un gran disco de hierro (quizá elemento central de un escudo) son las novedades más destacables.

a) Los portadores de espátulas del Calcolítico (Figs. 2, 3 y 4)

Hemos hallado quince espátulas de hueso (ocho de ellas enteras y perfectamente conservadas) asociadas a enterramientos en fosa profunda. Un varón (que llamamos «Alberto») encontrado en el cuadro 1A portaba dos espátulas a la altura de su mano y cadera, siendo una de ellas diferente en su forma a las demás ya que presenta un largo pedúnculo de 8 cm. para una longitud total de 15,8 (Fig. 2.3). Los muertos a los que iban asociados no estaban quemados pero podrían pertenecer al momento de enterramiento del b2, no alcanzándoles el fuego por haber sido depositados en fosas muy profundas. (Fig. 4). Sugerimos esta posibilidad porque, ya en 1988, fue hallada una de estas espátulas, de 16,6 cm. (Fig. 2.5), asociada a un individuo enterrado en una fosa calcolítica, excavada a la altura del nivel solutrense, a 2,05 m. de profundidad). Restos óseos de este muerto obtuvieron una datación de Carbono 14 de 4370 +-70 B.P. (CSIC 785), es decir 2420 B.C., fecha muy similar a la alcanzada por los individuos quemados del nivel b2 (4240 B.P.).

Además de las espátulas aparecieron en 1991 doce punzones de hueso y varios objetos utilizados como colgantes de adorno personal: (Fig. 5) dos colmillos de jabalí (uno de ellos con entalladuras), dos cuentas de azabache en forma de tonelete, otra menor de cerámica, 2 vértebras manipuladas, dos conchas perforadas (una *Turritella* y un posible *Cardium* muy rodado que ha perdido las estrías), una placa de hueso de sección lenticular y forma rectangular y una mandíbula de erizo perforada a modo de colgante (Fig. 5.3). Su paralelo más cercano se encuentra en una mandíbula de marta procedente del nivel calcolítico de la cueva de Albiztei, cuya existencia nos ha sido comunicada por A. Armendáriz y P. Castaños. Es interesante la asociación de punzones y colmillos de jabalí en los mismos cuadros (Fig. 6).

En sílex destacan por su perfección técnica 7 puntas de flecha (Fig. 7) de retoque plano y forma foliforme. Una de ellas presenta delineación denticulada en sus bordes y la mayoría saltados elipsoidales producto de la acción del fuego. (Fig. 7.9).

Su área de repartición se concentra en los cuadros de la Primera Sala, con algunos escasos ejemplares en el corredor que conduce al fondo. La punta del cuadro 25 se encontró en un nivel revuelto superficial, fuera de contexto. (Fig. 8).

Los restos humanos se hallaban bien conservados, quizá por hallarse en fosas profundas, manteniendo algunos de ellos la posición anatómica. El muerto del cuadro 1A se hallaba replegado en posición fetal, pero no tumbado sobre el costado sino vertical, en cuclillas. Su cabeza miraba a la pared izquierda de la Sala (NW), localizando en la parte más alta la columna vertebral y en la más profunda las tibias y peronés. Como hemos comentado llevaba a la altura de su cadera dos espátulas, una roma en un extremo y apuntada en el contrario y otra de largo pedúnculo, similar a la famosa punta de la Meaza, que pudo servir para sujetar alguna prenda de vestir. La fosa alcanzaba en su base los 2,10 de profundidad, midiendo a esa altura 55 cm. de diámetro. El ajuar contenía también una punta de flecha de sílex foliforme alargada, una cuenta de tonelete de piedra gris negruzca (quizá en relación con la aparecida en el cuadro contiguo, 1B) y algunas cerámicas espatuladas lisas. Restos de otros individuos aparecían en su entorno.

En cuanto al ritual funerario o a significado cronológico y estratigráfico de los portadores de espátulas tenemos algunas reflexiones que hacer: en primer lugar nos sorprende el dato de que en las cuatro campañas de excavación precedentes (de 1976 a 1979) y en una superficie de 20 metros cuadrados, no apareciera ningún muerto enterrado en fosa acompañado de espátula. En su lugar se localizó un denso nivel de huesos humanos quemados (casi carbonizados), a los que se superponía otro de muertos inhumados. Estos portaban un tipo diferente de puntas de flecha: las de pedúnculo y aletas no foliformes (Figs. 4 y 8).

Cabe preguntarse entonces cuántos momentos de enterramientos sucesivos pueden detectarse en la cueva. A primera vista deberíamos hablar de tres, cuya cronología, basándonos en las fechas de Carbono 14 y en la propia estratigrafía, sería la siguiente:

– hacia el 4370 B.P. tendría lugar el primer depósito de muertos, los cuales serían enterrados en fosas profundas y acompañados de espátula (al menos una para cada uno), punzón, alguna punta de flecha foliforme [3] y adornos personales en forma de

3. Las puntas de flecha tanto podrían interpretarse como parte de un ajuar funerario como ser las causantes de la muerte del individuo. No han aparecido clavadas a ningún hueso (como es el caso de los individuos alaveses de San Juan de «ante portam latinam») pero no hay que descartar que pudieran estar alojadas en la carne y haber quedado libres al descomponerse los tejidos blandos. El estudio traceológico de estos objetos quizá pueda darnos algún resultado, pero lo reservamos para la Memoria Final de Excavaciones.

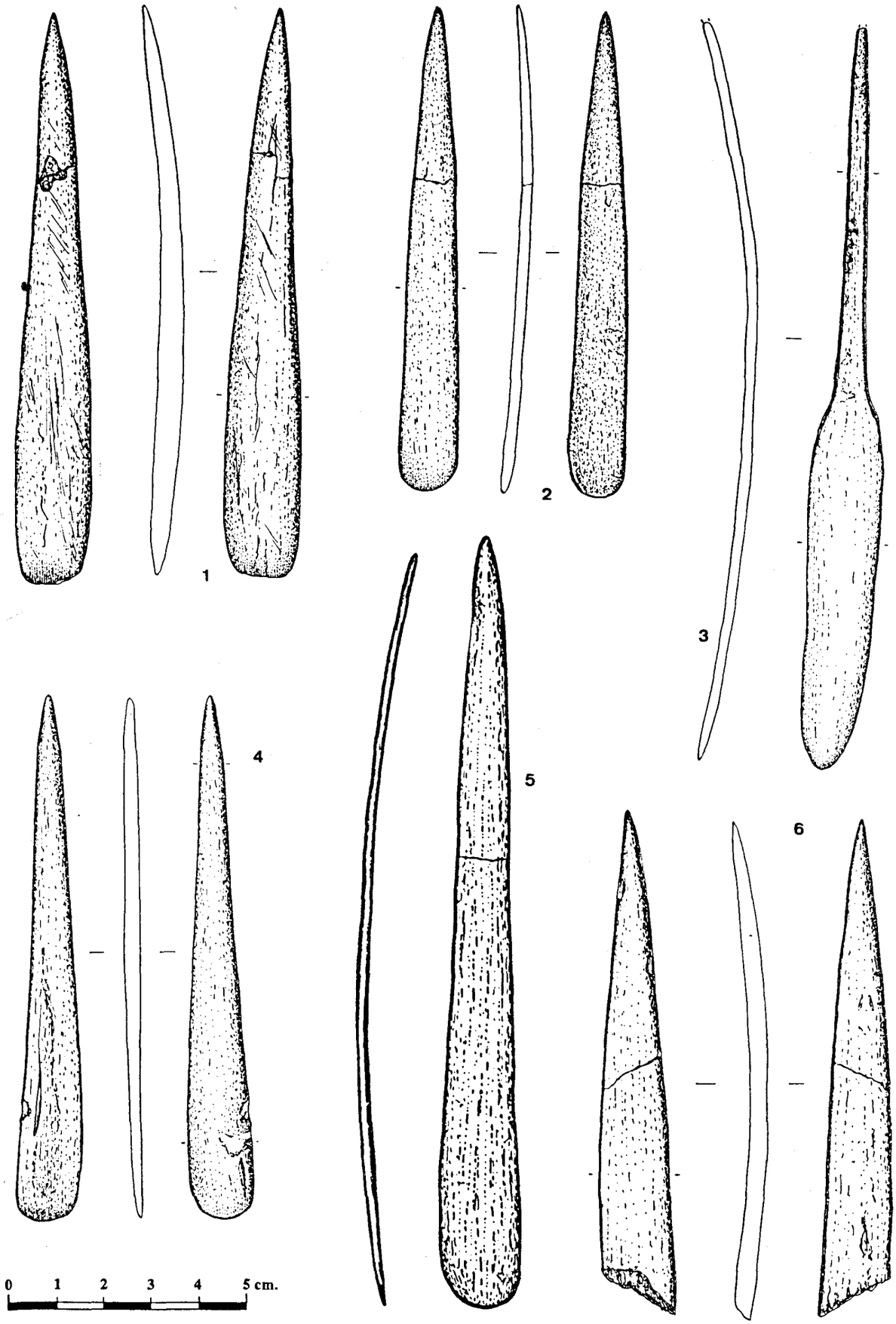

Fig. 2
Espátulas calcolíticas.

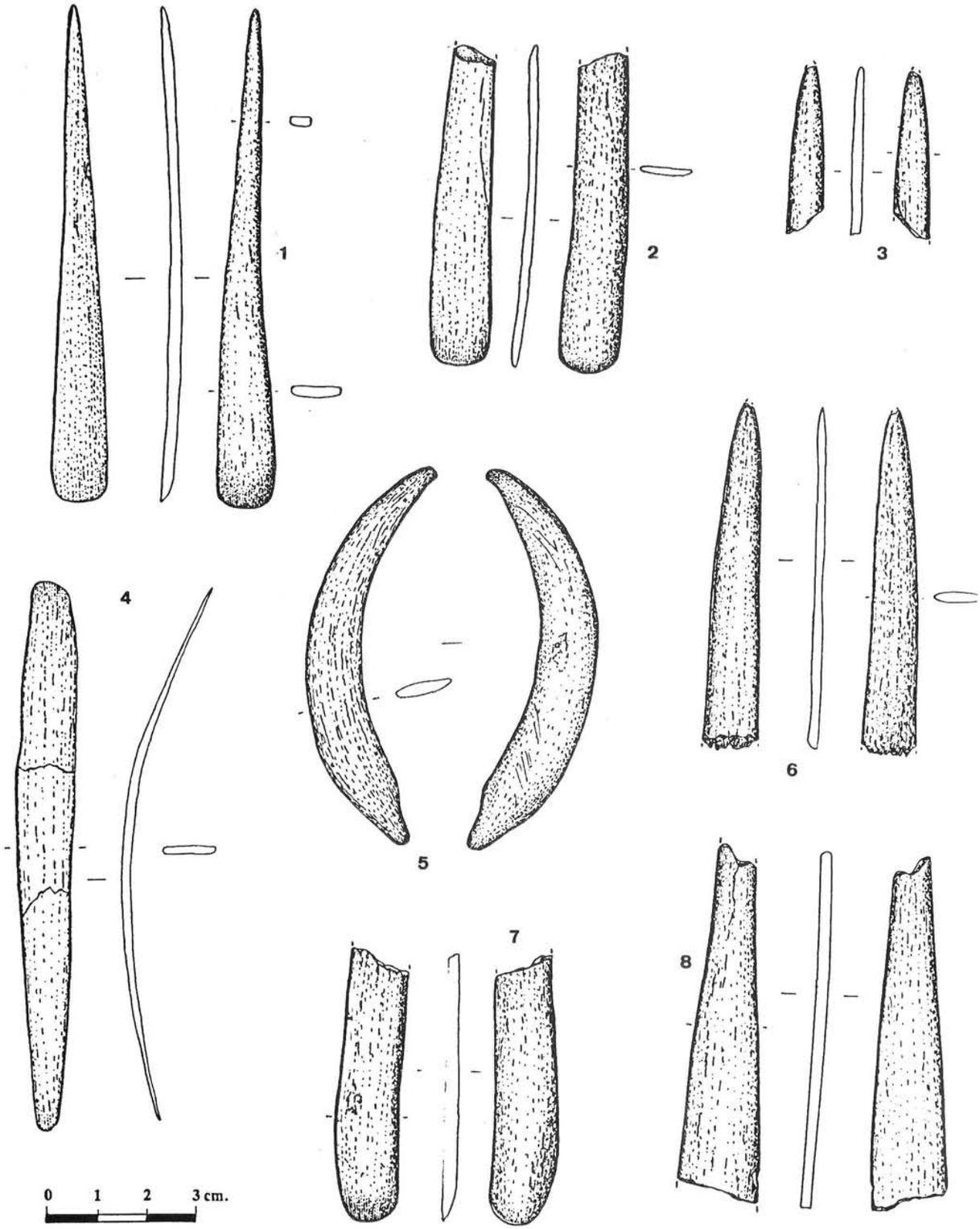

Fig. 3
Espátulas calcolíticas.

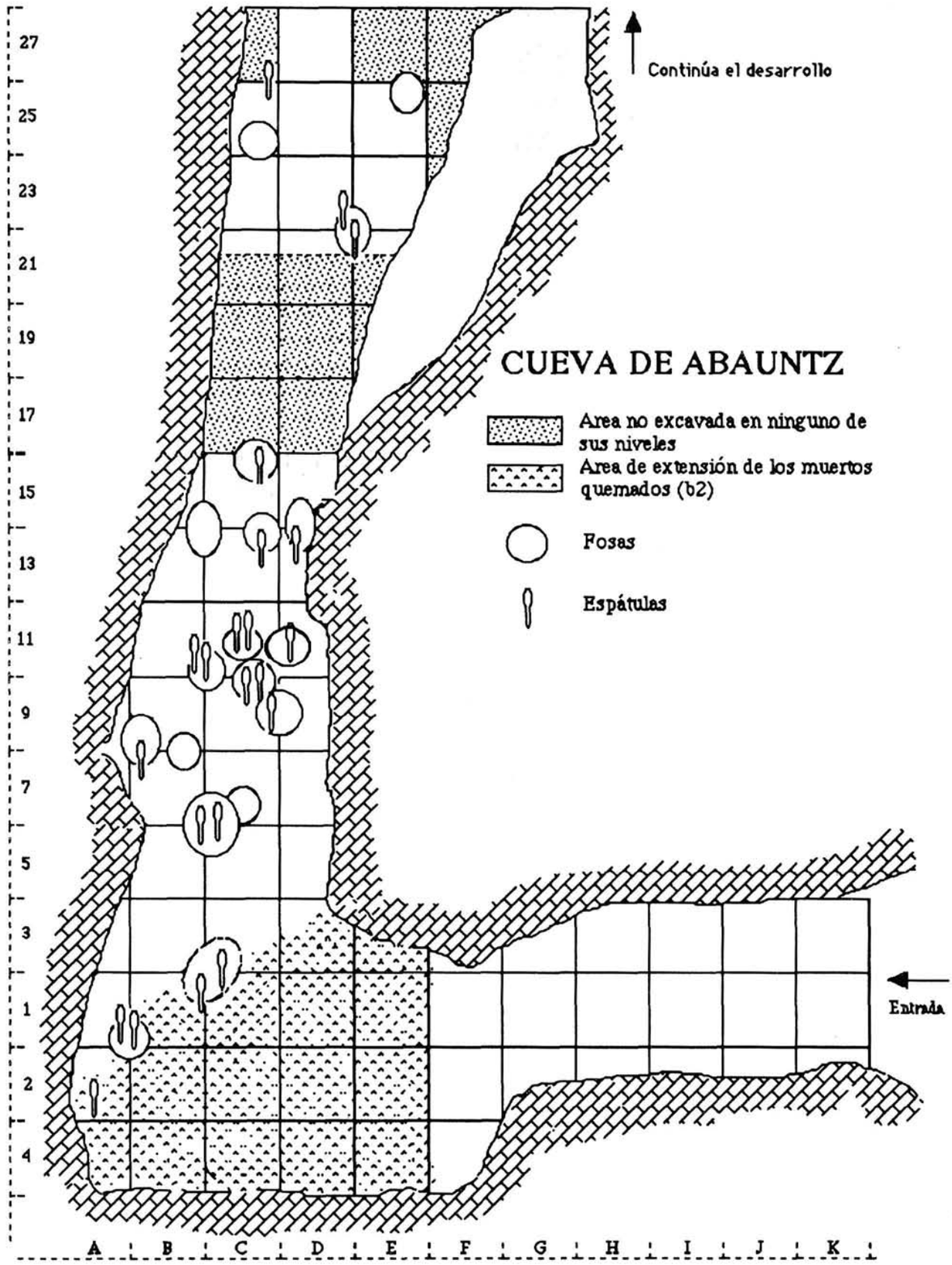

Fig. 4
Extensión de las fosas y las espátulas durante el Calcolítico.

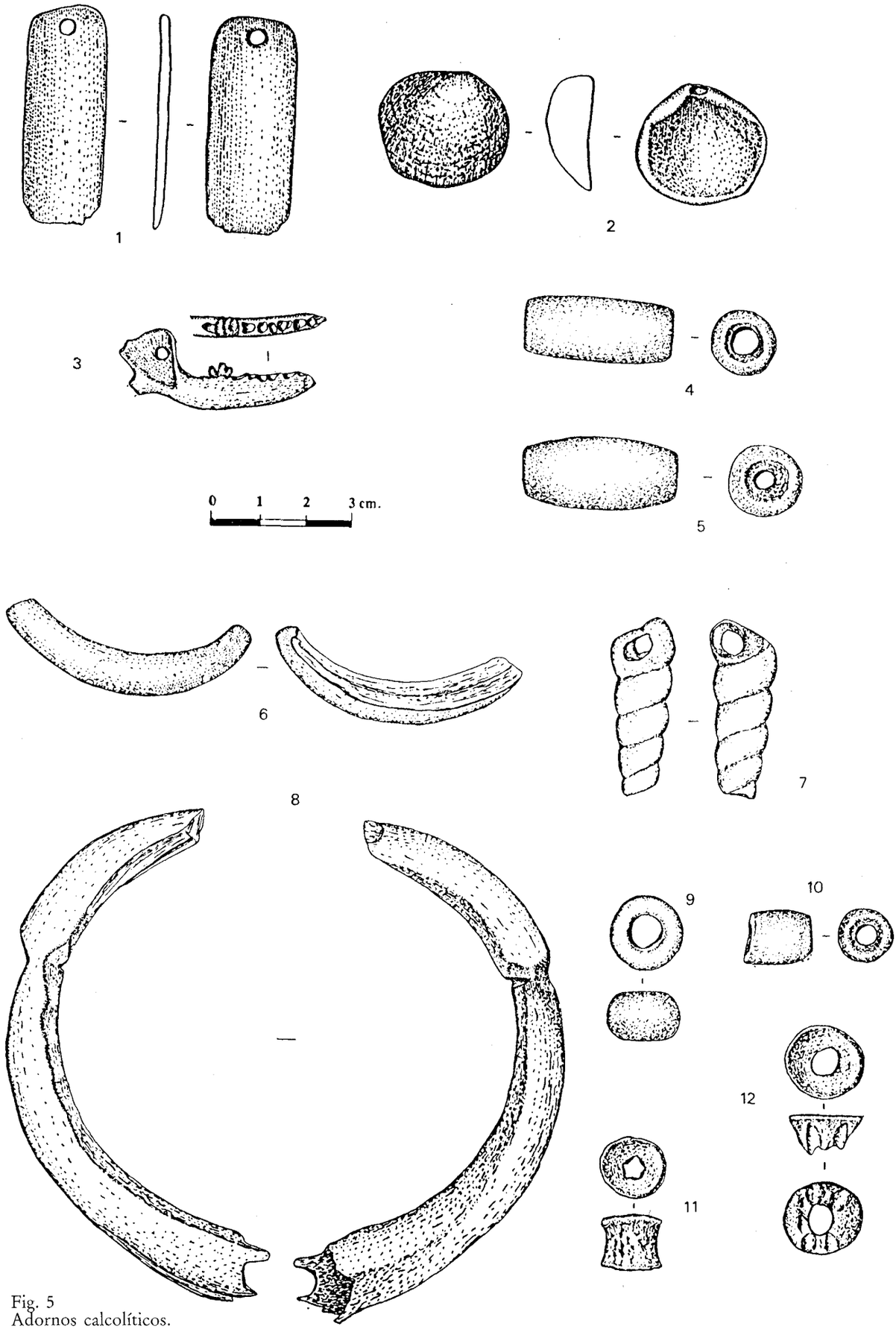

Fig. 5
Adornos calcolíticos.

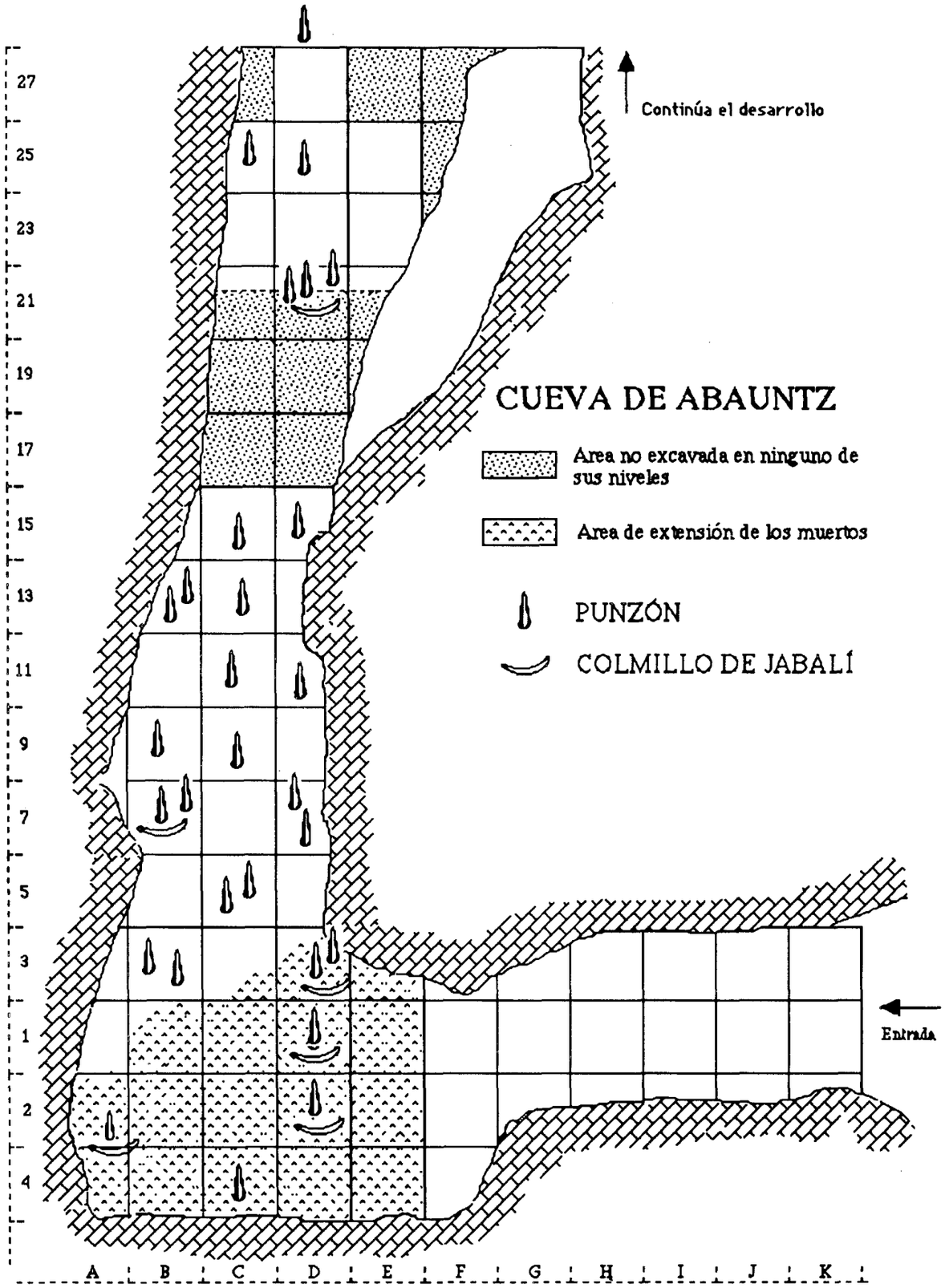

Fig. 6
Repartición de punzones y colmillos de jabalí.

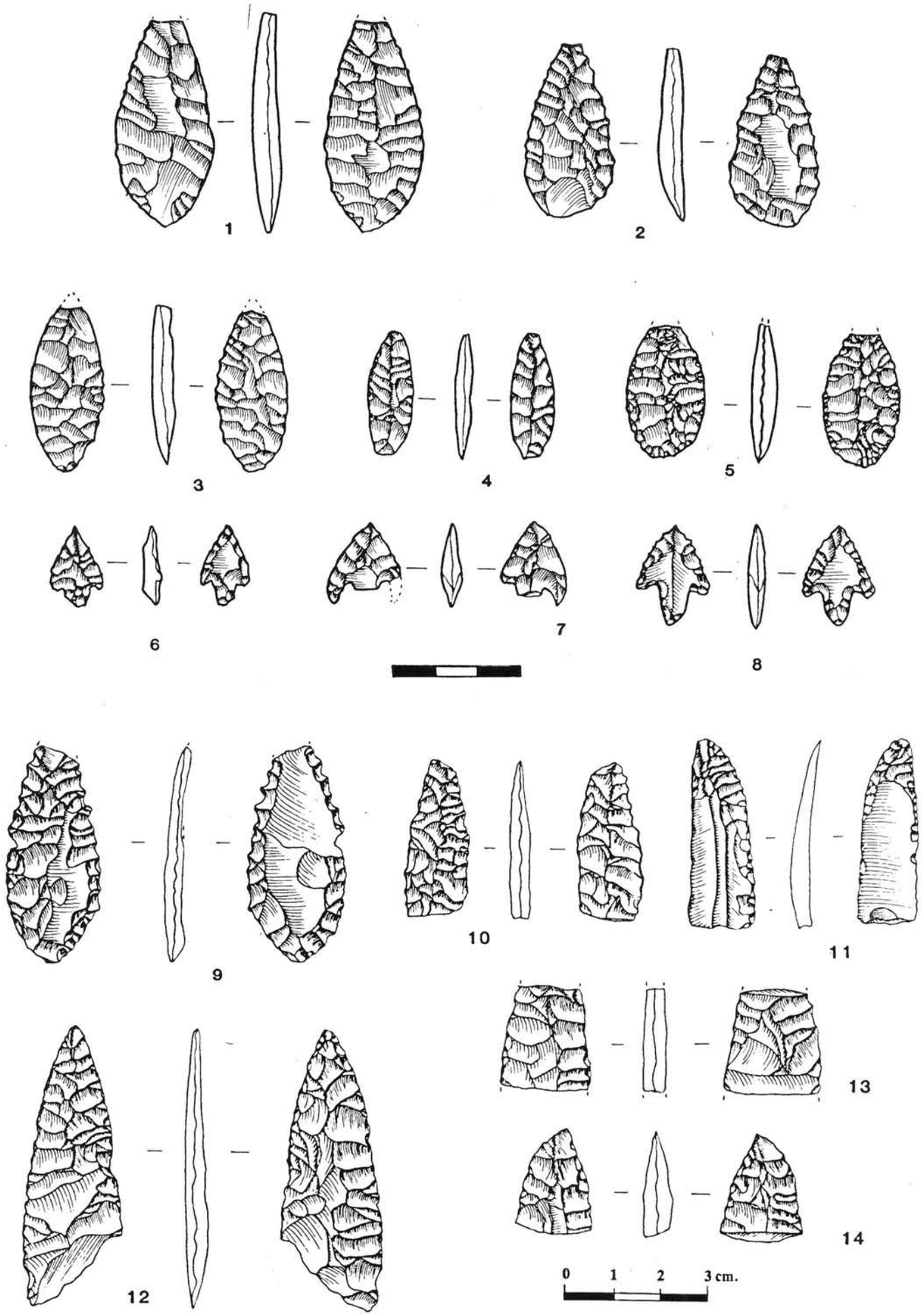

Fig. 7
Puntas de flecha calcolíticas halladas hasta la campaña de 1991.

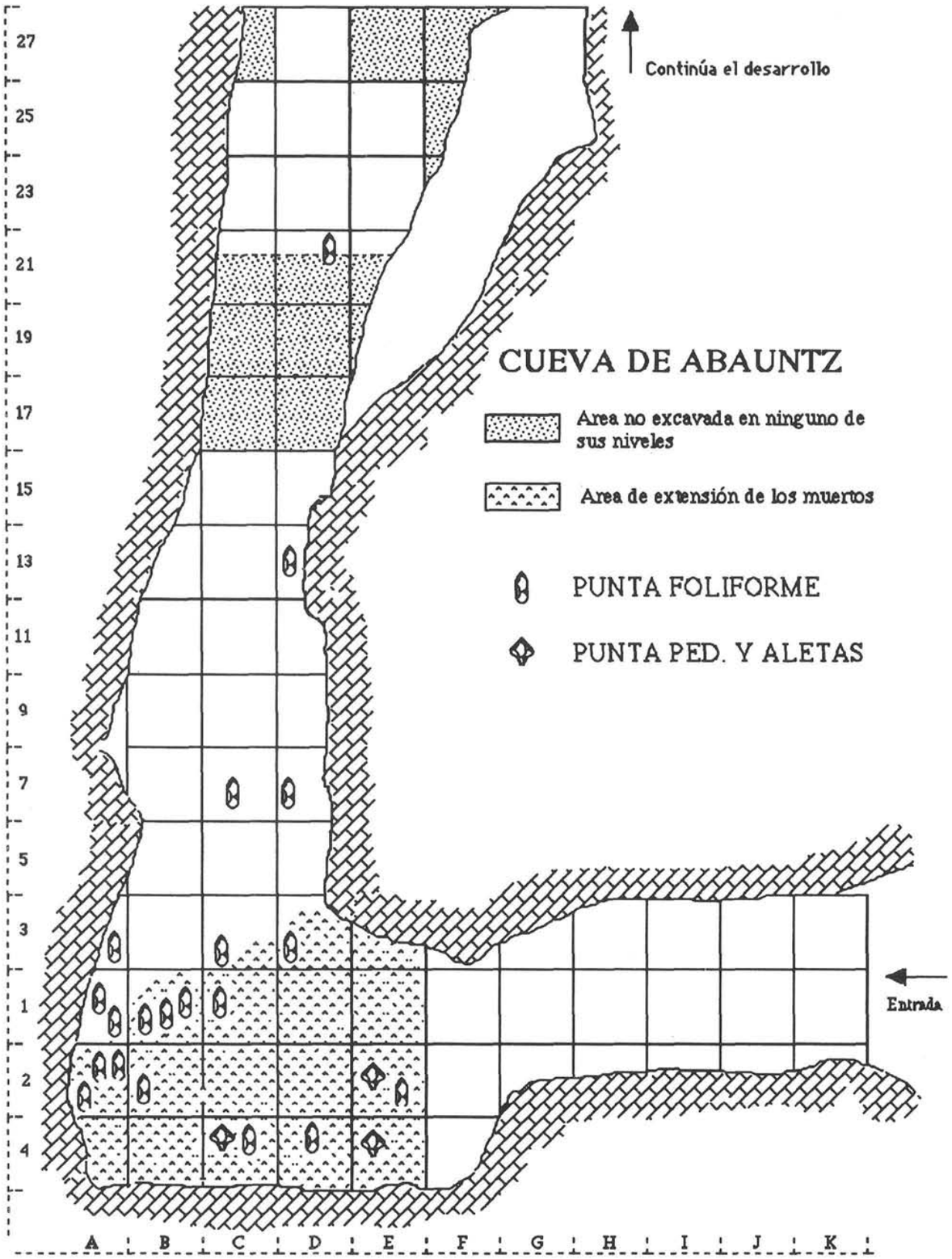

Fig. 8
Extensión de las puntas de flecha (se incluye la campaña de 1993).

colgantes. Las cerámicas serían negras espatuladas lisas o decoradas con aplicaciones plásticas de cordones.

– hacia el 4.240 B.P. continuaría la deposición de cadáveres con el mismo ajuar lítico y cerámico, aunque, en este caso, se enterrarían directamente en el suelo, sin excavar fosas profundas. Y en los cuadros situados en la 1.ª sala, más próximos a la boca. Estos muertos aparecerán hoy quemados, casi calcinados, sin que podamos asegurar si lo hicieron los propios enterradores (con un significado ritual como es el caso de los enterramientos de los megalitos murcianos (IDAÑEZ 1986) o del abri de la Escurrupenia en Alicante (PASCUAL 1990) o si los autores del fuego fueron los enterradores del momento posterior, con la posible intención de higienizar la cueva.

Estos muertos quemados carecen de espátulas de hueso en su ajuar, aunque pudiera ser que hubieran desaparecido por la acción del fuego. Esta hipótesis podría venir refrendada por la existencia de un fragmenteo de espátula negra brillante, afectada por el fuego y procedente de las primeras campañas (UTRILLA 1982: 250, fig. 22.5), aunque debe precisarse que apareció en nivel revuelto, acompañada de una punta foliforme craquelada. Su tipología, sin embargo, no acaba de encajar con las aparecidas en 1991, ya que presenta una sección planoconvexa (no lenticular) y una mayor anchura que las ahora comentadas, por lo que también podría proceder de los niveles paleolíticos. Más calcolítica parece la punta de espátula o punzón de la Fig. 22.2, en este caso perteneciente al nivel b1.

– en un momento posterior, no muy separado de los anteriores, se produciría el tercer depósito de muertos sin quemar, esta vez acompañados de puntas de pedúnculo y aletas, no foliformes. Previamente quemarían el lugar. Esta actuación quedó restringida a los cuadros centrales de la Primera Sala, los más próximos al pasillo de entrada, tal como puede verse en la planta de dispersión de las puntas que reproducimos en la figura 8 [4] y en la repartición de muertos quemados de la Fig. 4.

Existe, sin embargo, una segunda interpretación de los momentos de enterramiento durante el Calcolítico de Abauntz: los dos primeros casos serían rigurosamente contemporáneos, pudiendo explicar las diferencias argumentando que la cremación se efectuaría mediante una hoguera en el centro de la sala, la cual afectaría sólo a los cuadros centrales, excavados en las cuatro primeras campañas.

Esa sería la razón de que los cuadros de las bandas 7, 9 y 11 sitúadas ya en el corredor de acceso a la segunda sala no entreguen un auténtico nivel de huesos quemados. Los muertos de estos cuadros serían también del b2, como indica su ajuar, pero se habrían salvado «de la quema» por su lejanía al foco originario del fuego. Hay un dato, en cambio, que no sabemos explicar con esta hipótesis: la ausencia de fosas en los cuadros centrales, ya que los pequeños pozos detectados (de 20 cm. de diámetro máximo) pertenecían al nivel neolítico de habitación (b4) y no contenían restos humanos.

Cabe incluso la posibilidad de que los portadores de espátulas fueran ligeramente posteriores a los muertos quemados en los cuadros centrales, siendo quizás responsables de su quema. El estado de semidescomposición que éstos presentarían les llevaría, no sólo a quemarlos con fines purificadores, sino a **intentar eludirlos** en lo posible, procediendo a enterrar en la periferia y en los corredores. La diferencia de 130 años que presentan las fechas es fácilmente salvable con el margen de error estadístico y los problemas actuales de calibraciones [5]. Por otra parte debemos tener presente que no todas las fosas señaladas en la fig. 4 serían calcolíticas. En algunas de ellas la existencia de monedas y anillos romanos junto a los muertos nos hacen pensar en escondrijos de tesoros, sobre todo en aquellas en las que los restos

4. Si observamos la repartición de las puntas de flecha de pedúnculo y aletas podemos notar que dos de ellas se localizan en la banda E (cuadros 2 y 4) mientras que la tercera lo hace en el cuadro 4C, más al interior. Esto no supone ningún problema ya que es precisamente al cuadro 4C donde, debido al buzamiento, cayeron rodando los cráneos procedentes del cuadro 2D, donde se encontraron sus mandíbulas, las 500 cuentas de collar y la defensa de jabalí de su ajuar.

5. Aplicando la calibración mediante el método Seattle/Gronningen obtenemos unos resultados que permiten equiparar ambas fechas. Así valorando el 68,3% de probabilidad (1 sigma) la fecha del nivel b2 de 4240 B.P. (Ly-1963) se situaría calibrada entre 3030-2850 B.C. o 2830 – 2610 BC. La obtenida sobre un hueso procedente del muerto Carlos, enterrado en fosa profunda de 4370 B.P. (CSIC-785) se sitúa a un 68,3% entre 3096-3060 BC o 3046-2914 BC. Si optamos por una probabilidad del 95,4% (2 sigmas) los resultados son los siguientes.

4240 BP +-140 (fecha de Lyon)	4370 BP +-70 (fecha CSIC)
3330 –2850BC	3326 –3230BC
3190– 3160	3184– 3160
3140– 2490	3138– 2886
2480– 2470	2794– 2786

humanos no aparecen en conexión anatómica.

b) Enterramientos en cista dolménica

En la campaña de agosto de 1979, al excavar los cuadros 1C y 1D, pudimos advertir que dos grandes bloques se hallaban hincados en la tierra rodeados de muertos. Uno de ellos presentaba incluso nódulos de arcilla de forma paralelepipédica (sector 5 de 1C), los cuales fueron interpretados como adobes que calzaban la gran piedra. Ello nos llevó a sugerir en la memoria de 1982 la posibilidad de un enterramiento en cista en el interior de la cueva.

La campaña de 1988 vino a confirmar esta hipótesis: no sólo volvieron a aparecer restos de abobes en la zona (cuadro 3C), sino que pudimos extraer una gran losa plana que sirvió como tapa de la supuesta cista. La losa es de piedra arenisca, para cuya obtención es necesario recorrer, al menos, **5 Km.** hasta el lugar más próximo [6], sin contar el esfuerzo que supone transportar dicha losa hasta lo alto de la cueva. Sus medidas son 118 x 53 x 13 cm. presentando un extremo bien escuadrado formando ángulos rectos y recordando el otro vagamente el contorno de un mamut (Lam. 2) [7].

En la campaña de 1991 se descubrieron los grandes bloques en los que supuestamente se apoyaba la tapa por el otro lado. Se sitúan en el cuadro 7C y apuntan en la misma dirección (oblicua al eje de nuestros cuadros) que los hallados en 1C. En el momento del hallazgo la losa cubría de forma horizontal varios muertos no quemados en posición semianatómica, pero no hay que descartar la posibilidad de que no se empleara como tapa de cista sino como estela vertical, siendo en este caso la parte no escuadrada la base que se hincaría en el suelo.

Una segunda losa plana, aunque más irregular que la anterior, apareció en los cuadros 4A y 4B cubriendo un segundo paquete de muertos.

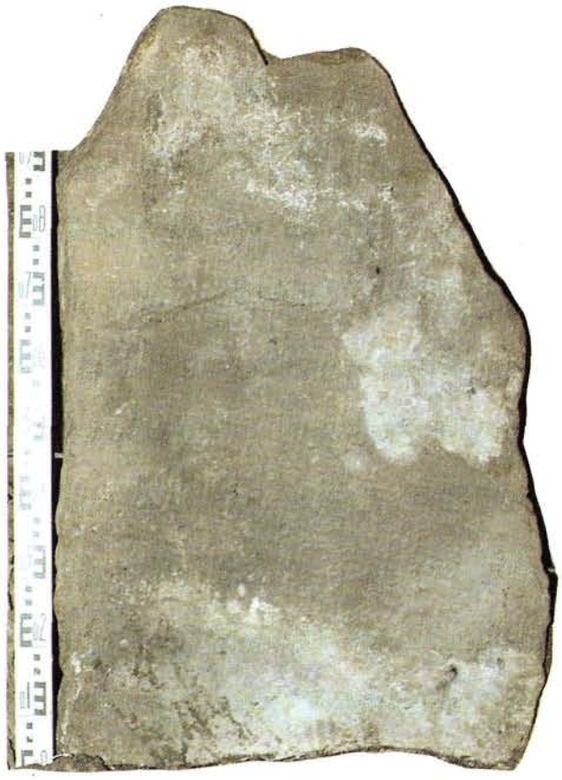

Lámina 2
Estela que cubría los muertos inhumados del Calcolítico.

c) Los habitantes del Neolítico

La repercusión de la memoria de 1982 en la bibliografía posterior (CAVA 1986, FORTEA Y MARTI 1985) tuvo algunos puntos conflictivos que entraron a discusión a raíz de la controversia sobre la validez del horizonte de cerámicas lisas como anterior a la aparición de la cardial. Este horizonte acababa de ser definido en la excavación de Verdelpino (MOURE Y FERNÁNDEZ MIRANDA 1977), contando con el soporte estratigráfico de la Balma de la Espluga, a pesar de que el excavador de este yacimiento no tomó partido en la polémica de la antigüedad cuando, al fin, entregó un pequeño avance de la excavación (LLONGUERAS 1981:132). La fecha demasiado vieja del nivel c de la cueva de Abauntz (6910 B.P.) venía a señalar que, al menos en Navarra, las primeras cerámicas conocidas y datadas eran lisas. Esta datación, sin embargo, es asumible en un conjunto Neolítico Antiguo del Valle del Ebro, ya que

6. El guardia forestal del paraje de Abauntz nos comentó que dichas losas no se encuentran en los alrededores, siendo el lugar más próximo el conocido como «Losadi». Este se halla a la derecha del puerto de Velate, en dirección a Francia, a unos 5 km. de la cueva. Allí iban a obtener estas piedras los agricultores cuando querían evitar que se les encharcaran los campos, antes de la proliferación de bombas de agua.

7. A modo de hipótesis sugerimos que tal losa pudo estar ya en el yacimiento cuando llegaron los calcolíticos. Estos pudieron reaprovechar la losa existente en la cueva desde época paleolítica, atribuyendo a los magdalenienses o solutrenses la colocación de tal elemento.

el horizonte cardial entrega fechas similares de comienzos del 5.º milenio [8].

Ahora bien, en el caso de Abauntz o de Zatoya, tal como acertadamente señala A. Cava, la ausencia de cardial no indicaría una fase anterior a la aparición de esta técnica decorativa, sino un aislamiento geográfico del Mediterráneo, lo que conlleva que esta facies de cerámicas impresas no esté presente en el corazón del prepirineo navarro. (CAVA 1986:56). Este aislamiento, por otra parte, parece que no se produce ya en épocas más recientes del Neolítico Antiguo, dada la presencia de cerámicas cardiales en el abrigo alavés de Peña Larga (FERNÁNDEZ ERASO 1988).

Otro hecho que daba que pensar a Ana Cava era el carácter no geométrico de la industria lítica del nivel b4 (del Neolítico Medio-Final, a juzgar por su fecha y sus materiales cerámicos), el cual quedaba caracterizado por diecisiete láminas simples con huellas de uso y seis retocadas. El nivel c tampoco poseía geométricos, reduciéndose su escasa industria lítica a láminas retocadas y algunos buriles y raspadores que podrían proceder del sustrato paleolítico.

Cabría plantearse otra interpretación: que la fecha de C 14 del nivel b4 fuera errónea y que éste perteneciera al Eneolítico, al igual que el nivel b2. Sin embargo para aceptar ésto habría que soslayar varios problemas:

1. que el nivel carecía de huesos humanos por lo que se interpreta como de habitación y no de enterramiento (caso de b2 y b1);

2. que existía un nivel intermedio de piedras, el b3, totalmente estéril que no se hallaba perforado en los lugares donde arrancaban los pozos del b4;

3. que no existe tampoco en el nivel b4 una industria lítica característica del eneolítico ya que ninguno de los dos tipos de puntas foliáceas de los niveles b2 (foliformes) y b1 (pedunculadas) ha sido localizado en el nivel b4.

No existen argumentos convincentes para suponer un error en la fecha, siendo más factible aceptar que el geometrismo no había arraigado en este lugar, quizá porque no fuera adecuado para la función que se realizó en la cueva. No es el único caso de nivel neolítico del cuarto milenio que no posee geométricos en su industria lítica. Ya citamos en 1982 el nivel III de Verdelpino, con un 5170 B.P. y una industria lítica a base de láminas retocadas, pero puede añadirse el nivel c5 de la cueva del Moro de Olvena (5160 B.P.) (BALDELLOU Y UTRILLA 1985 perteneciente a un lugar de habitación que no poseía geométricos o la cueva de Toll de Moiá (GUILAINE 1984) con fechas entre un 5590 y 5400 B.P.

Por lo que respecta a la estratigrafía del nivel b4, en la campaña de 1991 sólo se ha encontrado intacto en los cuadros 2A y 4A y en la banda 7/9 en los pocos lugares no afectados por las fosas calcolíticas o romanas. Nuevos pocitos y cubetas neolíticas amplían el panorama ya conocido, habiendo detectado estas pequeñas estructuras en los cuadros 7D, 5C, 2A y 4B.

Llama especialmente la atención la estructura formada en torno al hogar de los cuadros 2B/4B ya que tres pequeños hoyos, casi simétricos, rodean la cubeta central en la que se clavaron las piedras del hogar. Quizá sirvieran para calzar algún elemento relacionado con el hogar donde pudieran depositar o colgar los alimentos que se iban a cocinar. Allí mismo se hallaron varios fragmentos de dos recipientes cerámicos lisos: uno basto y otro espatulado pero de paredes gruesas.

La segunda novedad aportada por el nivel b4 se refiere a la cultura material: la campaña de 1991 ha entregado ya el primer trapecio procedente del nivel b4, lo cual no es todavía argumento suficiente para calificar el nivel como geométrico. Se trata de un trapecio simétrico, corto y ancho, que combina el retoque abrupto con el doble bisel en la misma pieza (Fig. 9.5). Fortea señala en su lista tipo del Epipaleolítico que está presente pero es raro, mientras que Barandiarán y Cava reproducen ejemplares similares en el Neolítico antiguo (nivel I) de la navarra cueva de Zatoya. (FORTEA 1973; BARANDIARÁN Y CAVA 1990).

Sin embargo la industria lítica del nivel b4 sigue caracterizándose por la proliferación de láminas, algunas de ellas no retocadas pero con claras huellas de uso, mientras

8. Anotamos a este respecto el caso del abrigo de Forcas II, en Graus (Huesca) en el que, tras una secuencia del epipaleolítico geométrico, hemos obtenido una fecha para la aparición de la primera cardial de 6.940 +-90 B.P., junto a un 7090 +-340 B.P. para el nivel geométrico sin cerámica y un 6090 +-180 para la cima del nivel neolítico con cerámicas impresas. En la base de toda la secuencia y, tras un nivel estéril, un nuevo nivel epipaleolítico (genérico, de tipo macrolítico y no geométrico) nos ha entregado un 8650+-70 B.P. (MAZO Y UTRILLA e.p.). Por otra parte el nivel d del abrigo de Peña entregó un 7890 B.P., apareciendo en su parte superior fragmentos de toscas cerámicas lisas (CAVA Y BEGUIRISTAIN 1988).

que otras que presentan muy bellos retoques completan el ajuar lítico del nivel. La presencia, por otra parte, de hachas pulimentadas, alisadores y molinos de mano confirman el carácter de lugar de habitación que le asignamos a esta ocupación neolítica.

En cuanto a la entidad del nivel c será conveniente realizar un seguimiento bibliográfico sobre el mismo para situarlo en su justo término:

1. En un principio fue calificado como estéril en los diarios pertenecientes a las tres primeras campañas. Era una costra calcárea blanca bastante espesa que parecía denotar una época de desocupación. Así fue publicado en los primeros informes (UTRILLA 1977 y 1979). La industria lítica que se recogía en su base era entonces explicada por contaminación con el nivel subyacente, perteneciente al Aziliense.

2. En la campaña de 1979 aparecieron varios fragmentos de cerámica tosca que, sin ninguna duda, estaban englobados en la tierra blanca del nivel c, presentando todavía costras blancas fuertemente adheridas. Eso nos hizo pensar que quizá el nivel pudo tener una habitación esporádica y no ser tan estéril como creíamos. Le asignamos entonces la industria lítica que habíamos ido encontrando en la parte baja del nivel y tomamos una muestra de carbón procedente también de la base del mismo. Esta muestra fue la que en el laboratorio Teledyne Isotopes nos entregó 6910 B.P.

Por ello las campañas de 1988 y 1991 se plantearon para resolver la duda sobre la existencia o no de ese neolítico antiguo, que aparecía como un nivel estéril en las publicaciones de las primeras campañas, pero que englobaba algunos fragmentos de cerámica lisa y tosca en la última. Se trataría de averiguar si tales fragmentos cerámicos penetraron desde el nivel neolítico (b4) superpuesto a él (por pisoteo o cualquier otra causa) o formaban parte de la composición del mismo, en una esporádica habitación de la cueva.

Los resultados de las dos campañas no pudieron aclarar las dudas planteadas. Excavados en 1988 los cuadros 3C, 5C, 3D y 5D, donde aparentemente deberían quedar intactos los niveles neolíticos, se comprobó que no era así, ya que los enterradores del Calcolítico habían profundizado tanto en sus inhumaciones que llegaron a traspasar en algún caso los niveles magdalenienses.

La segunda zona excavada, en el pasillo de entrada, comprendía los cuadros 1F, 2G, 2H, 1H, 1J, 3E. En esta zona no aparecieron los niveles neolíticos, alcanzándose el nivel aziliense, el d, bajo la densa capa superficial bastante revuelta. En la campaña de 1991 muy pocas veces ha aparecido el nivel c sin perforar, presentándose como una costra calcárea estéril, sin intrusiones cerámicas.

d) Los viajeros del Magdaleniense (Figs. 9 y 10)

Es sin duda en el nivel magdaleniense donde la reexcavación de 1988 y 1991 aporta mayores novedades. La primera de ellas afecta a la superficie ocupada por el grupo de viajeros que se establecieron en la cueva durante la época templada del año. Suponíamos que la necesidad de luz natural había condicionado el establecimiento en la primera sala de la cueva ya que la cata en el centro del corredor (cuadro 47E) no había entregado ocupación magdaleniense.

Sin embargo en la campaña de 1991 prospectamos en la banda 25 (a mitad de camino entre la cata citada y la primera sala) y los resultados dieron positivos. Los magdalenienses habían ocupado la primera mitad del corredor, al menos en la parte más ancha, dejando además interesantes objetos de industria ósea que luego comentaremos. Ello supone que, en contra de lo previsto, necesitamos realizar una campaña más para excavar los cuadros comprendidos entre la banda 11 y la 25, ampliando también hacia el fondo de la cueva con el fin de detectar la totalidad de la ocupación paleolítica.

La segunda novedad atañe a la cronología atribuída al nivel magdaleniense. En el primer avance de la excavación realizado en 1976 en el XIV congreso Nacional de Arqueología (UTRILLA 1978) planteamos una adscripción en la etapa Superior o Final, ya que las características de su industria lítica no encajaban con las registradas en el Magdaleniense Inferior, tema sobre el que uno de nosotros estaba realizando su Tesis Doctoral (UTRILLA 1981). Nos llamaba entonces la atención la ausencia de arpones pero no era mayor problema ya que la industria ósea era escasa y no son raros los yacimientos del Magdaleniense Superior que carecen de ellos.

Sin embargo la obtención de una fecha de C14 para el nivel e de 15.800 B.P., idéntica a la del Magdaleniense Inferior de Altamira y Juyo, nos obligó a revisar nuestros planteamientos y a proponer una adscripción de Abauntz al Magdaleniense Inferior, si bien lejos de la facies Juyo a la que pertenecen estas cuevas y englobada en una «facies del País Vasco» que, a pesar de la fecha, presu-

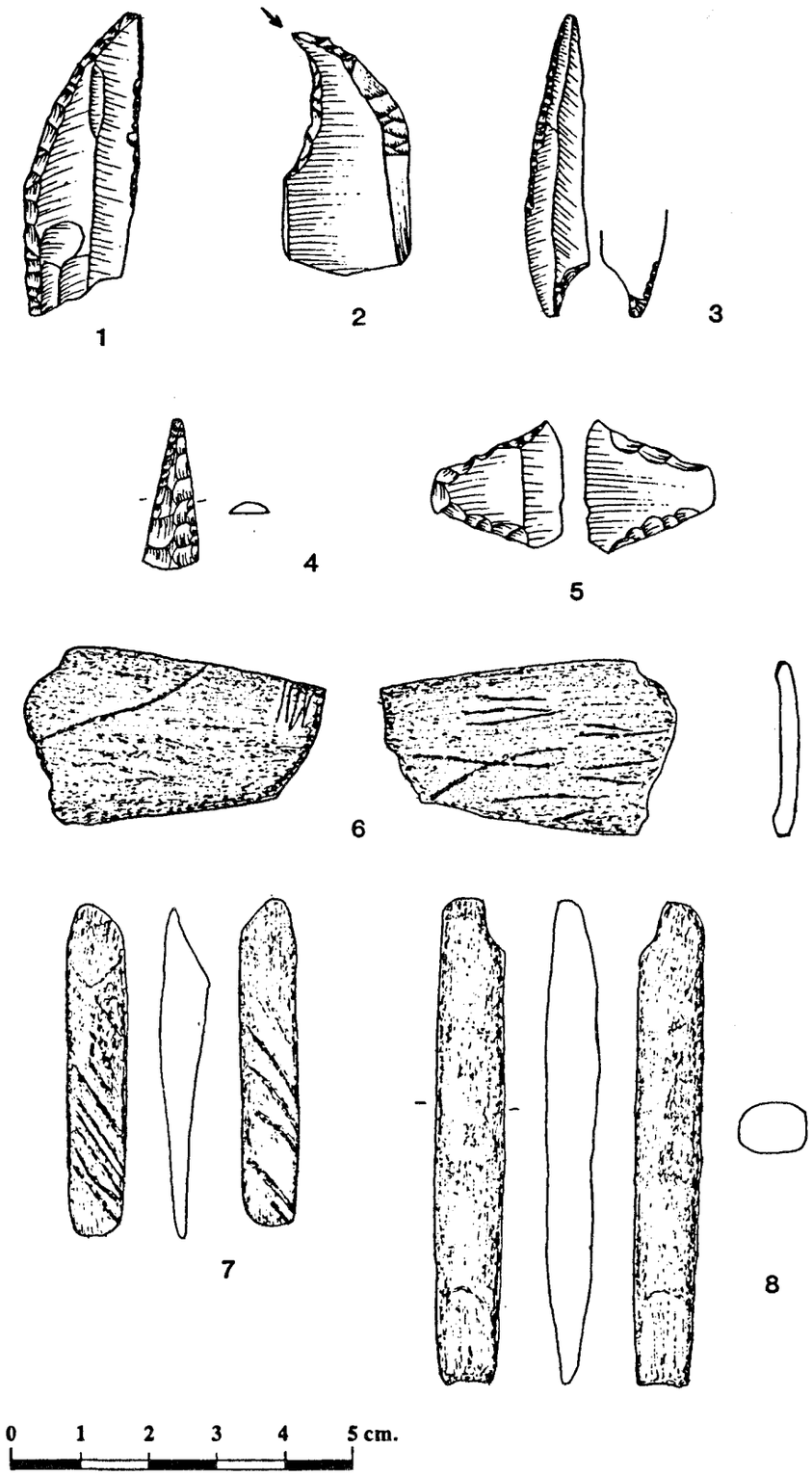

Fig. 9
1. Punta de dorso curvo (e)
2. Posible buril pico de loro (rev.)
3. Punta de escotadura (e)
4. Punta de retoque plano (f)
5. Trapecio de doble bisel (b4)
6. Contorno recortado (e)
7 y 8. Azagayas de doble bisel (e)

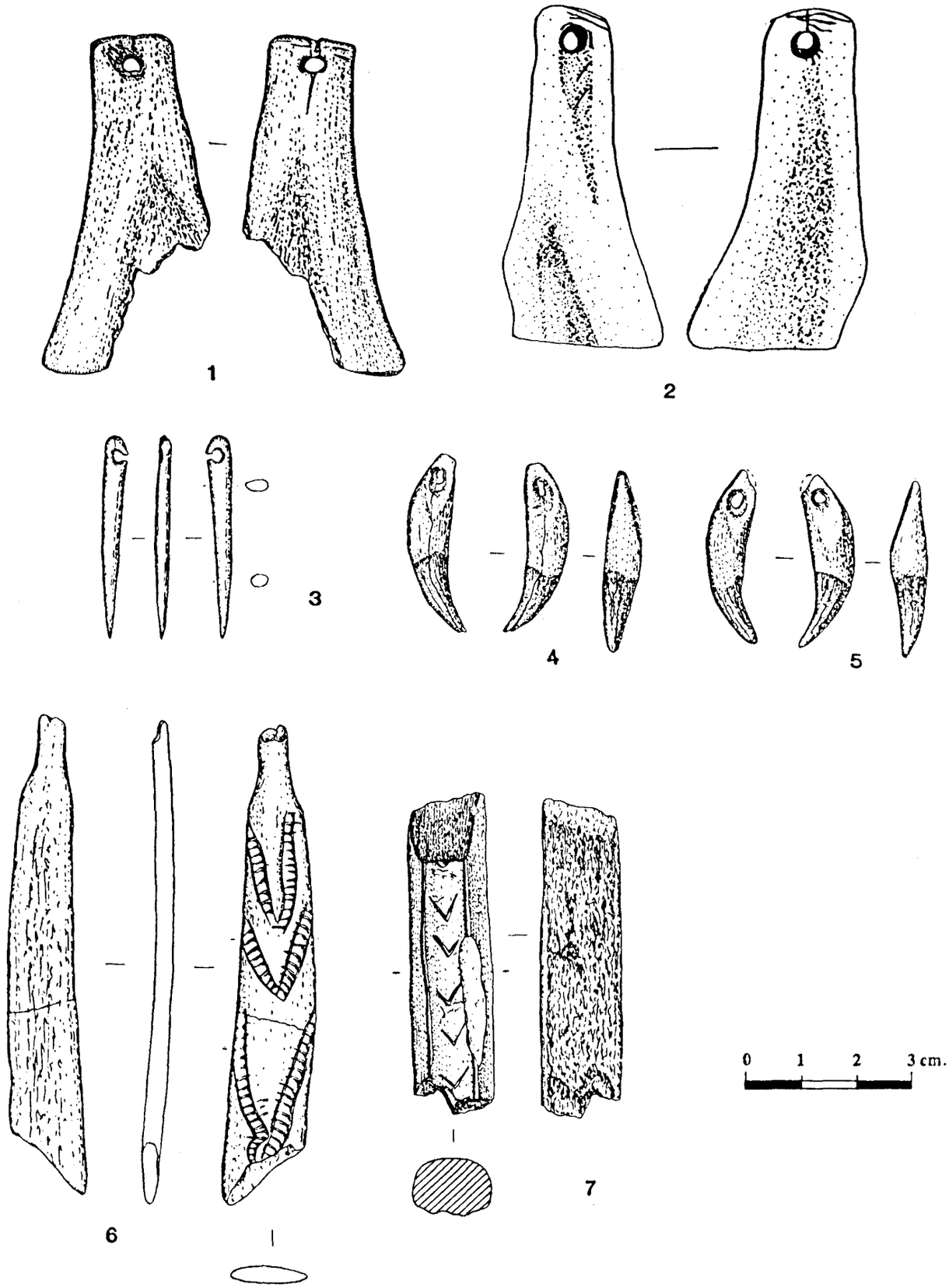

Fig. 10
Nivel magdaleniense de Abauntz (e).

poníamos mas tardía que la del magdaleniense inferior clásico, «más cerca ya del Magdaleniense Medio».

Pues bien, la excavación de 1988 y sobre todo la de 1991 nos lleva a replantear el valor de la fecha y a rejuvenecer la adscripción magdaleniense de Abauntz, basándonos en algunos fósiles directores de la industria lítica y ósea: dos azagayas con base en doble bisel (Fig. 9 n.º 7 y 8), un posible buril pico de loro [9] (Fig. 9 n.º 2), un contorno recortado incompleto sin motivo figurativo (Fig. 9 n.º 6) y una varilla planoconvexa decorada con un motivo idéntico al presentado por once ejemplares del Magdaleniense Medio de la cueva de Isturitz [10] que apareció en la campaña de 1988 (UTRILLA Y MAZO 1992, Fig. 3.2).

Esta relación de Abauntz con los yacimientos magdalenienses del País Vasco Francés quedaría marcada no sólo por este motivo decorativo sino por la presencia del buril pico de loro, de aceptarse su clasificación como tal para la pieza descrita. Estos buriles se encuentran ya en el Magdaleniense Medio y Superior de La Madeleine (SONNEVILLE-BORDES 1960) pero proliferan en el Magdaleniense Final del SW de Francia. No aparecen citados en la escasa información lítica que reporta la memoria de Isturitz, a pesar de haber recogido en el nivel magdaleniense la increíble cifra de 1214 buriles (SAINT PERIER 1930) pero sí existen varios ejemplares en el nivel magdaleniense VI de la cueva de Duruthy (ARAMBOUROU 1978).

En cuanto al valor como fósil director del Magdaleniense Superior de las azagayas de doble bisel debemos matizar que ciertamente no deben considerarse como rigurosamente exclusivas, como pueden ser los arpones o los buriles pico de loro, ya que aparecen, por ejemplo, en el nivel D (magdaleniense inferior) de Cueto de la Mina (UTRILLA 1981:102). Sin embargo se trata de una excavación antigua con problemas de conservación de materiales y no deja de ser cierto que la generalización del doble bisel suele ir siempre ligada a niveles pertenecientes a momentos avanzados del magdaleniense (GONZÁLEZ SÁINZ 1989:232).

En la Fig. 10 reproducimos algunos objetos procedentes del nivel magdaleniense: un hueso hioides de caballo perforado del mismo modo que el publicado en la Memoria de 1982, dos caninos de lince, probablemente del mismo individuo, utilizados como colgantes, una fina aguja de hueso y dos nuevas piezas decoradas que se suman a la varilla hallada en 1988. Se trata de una espátula con el tema de la faja rayada por trazos cortos perpendiculares dispuesta en tres series en V sobre la cara dorsal (Fig. 10.6) y una especie de cincel de sección subcuadrangular con decoración en relieve formada por cinco trazos en V entre dos líneas paralelas (Fig. 10.7). El tema de la espátula está presente en la cueva de Isturitz, aunque sin formar series en V (SAINT PERIER 1936: 79), mientras que la forma de espátula apuntada aparece en la vecina Duruthy con series de trazos paralelos formando zig-zag (SACCHI 1990:22). En Asturias el mejor paralelo lo encontramos en el nivel IX de Llonín, en una costilla del Magdaleniense Superior que presenta el mismo motivo en V con trazos perpendiculares, formando parte de un complejo tema en el que aparecen cabras en posición frontal y lateral. (FORTEA et alii 1992:13).

En cuanto a las series de trazos en V (destacando en relieve sobre piezas de sección gruesa) hay que citar, de nuevo, ejemplos asturianos y de Aquitania, donde parecen estar nuestros paralelos más próximos. Casi idénticos son los ejemplares de Isturitz (SAINT PERIER 1936, fig. 47; PASSEMARD 1944:66, fig. 34) y Caldas (CORCHÓN 1987:43, fig. 10) también grabadas en resalte.

e) La presencia solutrense

Una de las mayores aportaciones de las campañas de 1988 y 1991 ha sido la confirmación de la presencia solutrense. Ya en la memoria de 1982 observamos la existencia de un lentejón negro en la superficie del ni-

9. Debemos señalar que esta pieza apareció en una de las fosas calcolíticas que perforaban los niveles magdalenienses. Su tipología en cambio es muy precisa, a pesar de no verse claramente el concoide del golpe de buril por presentar una pátina blanca de desilificación, permitiendo suponer que perteneció a los niveles paleolíticos de los que fue extraído al practicar la fosa. Ahora bien, tanto podría proceder de la ocupación aziliense como de la magdaleniense, pero su sola presencia en la Península es ya destacable ya que los buriles pico de loro parecen circunscritos al SW de Francia. Sirva como ejemplo el dato de que en la muy bien documentada Tesis Doctoral de César González Sáinz sólo se citan seis yacimientos con buriles «parecidos», optando el autor por afirmar que «se trata de un tipo ausente en la Región Cantábrica» (GONZÁLEZ SÁINZ 1989:210). En nuestro caso la pieza se adapta con reservas a la definición de la lista tipo, por lo que no debe manejarse como argumento decisivo para la calificación del nivel.

10. El tema aparece también documentado en la cueva de las Caldas en un nivel Magdaleniense Medio-Superior (CORCHON 1990: 38, fig. 2).

vel f que contenía una base de punta romboidal de retoque plano. Planteamos la posibilidad entonces de una esporádica presencia solutrense por debajo de la magdaleniense, introducida en un nivel de limos casi estéril.

En 1988 un nuevo elemento de retoque plano apareció en el cuadro 3D en la cima del nivel f. Se trataba de una extraña pieza de gran tamaño que presentaba un perforador-taladro en un extremo y un raspador incompleto en el otro. La aplicación del retoque plano no ha impedido el grosor de la pieza, con una paradójica forma carenada. (UTRILLA y MAZO 1992 Fig. 3.5).

En 1991 un nuevo objeto de retoque plano, sin lugar a dudas en la cima del nivel f del cuadro 1B, vino a completar estos hallazgos. Se trataba de un fragmento de afiladísima punta o pedúnculo con retoque Plano sobre sus caras dorsal y ventral, lo que nos lleva a pensar en una posible punta de muesca. (Fig. 9.4).

Una punta de escotadura de retoque abrupto apareció por último en el cuadro 7D, aunque en profundidad del nivel magdaleniense (Fig. 9.3). Su tipología es bien significativa ya que la aproxima a la vertiente mediterránea del Solutrense Superior o Solutreogravetiense, dada su corta escotadura y la presencia de retoques inversos en la base [11].

5. VALORACIÓN FINAL

La campaña de 1991 en Abauntz ha aportado como novedades más interesantes la existencia de varias modalidades de enterramiento durante el calcolítico (en fosa con espátulas, en cista de piedra, con cremación y sin ella); la aparición del primer geométrico del nivel neolítico; la posibilidad de retrasar la formación del nivel «e» a un momento más avanzado del Magdaleniense (Medio-Superior) y la confirmación de la existencia de útiles del Solutrense Superior a techo del nivel f. La aparición de un potente nivel rojo, situado en la estratigrafía sobre el Magdaleniense, nos plantea, para una nueva campaña, la determinación de su adcripción cultural.

11. Algunos paralelos pueden encontrarse en niveles solutrenses como la Petite Grotte de Bize en el Languedoc (SACCHI 1986) o Chaves en Huesca (UTRILLA 1989 Y 1992, UTRILLA Y MAZO 1994). Mas alejados son los ejemplos valencianos (VILLAVERDE y PEÑA 1981, VILLAVERDE 1982) y más cercanos por su posición estratigráfica los localizados en algunos yacimientos del magdaleniense francés como Pegourié 8, Mazerat, Jean Blanc, Saint Germain la Rivière o Fontgrasse (BAZILE 1987).

BIBLIOGRAFÍA CITADA EN EL TEXTO

ARAMBOUROU, R et alii (1978): *Le gisement préhistorique de Duruthy, à Sorde-L'Abbaye (Landes).* Société Préhistorique Française, 13.

BALDELLOU, V. y UTRILLA, P. (1985): Nuevas dataciones de radiocarbono de la Prehistoria Oscense. *Trabajos de Prehistoria* 42: pp. 83-95.

BARANDIARÁN, I. y A. CAVA (1989): *El yacimiento prehistórico de Zatoya (Navarra). Evolución ambiental y cultural a fines del Tardiglaciar y en la primera mitad del Holoceno.* Trabajos de Arqueología Navarra 8. Pamplona.

BAZILE, F. (1987): La France mediterraneenne. En *Le Paléolithique Supérieur european. Bilan Quinquennal.* Lieja.

CAVA, A. (1986): La industria lítica de la Prehistoria reciente en la cuenca del Ebro. *Boletín del Museo de Zaragoza* 5: pp. 5-72.

CAVA, A. (1988): Estado actual del conocimiento del Neolítico en País Vasco peninsular. *Veleia* 5: pp. 61-96.

CAVA, A. y BEGUIRISTÁIN, M.A. (1986): Cronología absoluta de la estratigrafía del abrigo de «la Peña» (Marañon, Navarra). *Veleia* 4: pp. 119-126.

CORCHÓN, M. S. (1987): Los relieves en el arte mueble paleolítico cantábrico. *Ars Praeshistorica,* t. V/VI, págs. 31-48. Barcelona.

CORCHÓN, M. S. (1990): La cueva de Las Caldas (Priorio, Oviedo). Investigaciones efectuadas entre 1980 y 1986. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias. 1983-1986* Oviedo.

FERNÁNDEZ ERASO, J. (1988): Cerámica cardial en la Rioja alavesa. *Veleia* 5: pp. 97-105.

FORTEA J: (1973): *Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico del Levante Español.* Salamanca.

FORTEA, J. y MARTÍ, B. (1985): Consideraciones sobre los inicios del Neolítico en el Mediterráneo español. *Zephyrus* 37/38: pp. 179-211.

FORTEA, J., de la RASILLA, M. y V. RODRÍGUEZ, (1992): La cueva de Llonín (Llonín, Peñamellera Alta). Campañas de 1987 a 1990. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias,* 1987-90, págs. 9-18. Oviedo.

GONZÁLEZ SÁINZ, C. (1989): *El Magdaleniense Superior-Final de la región Cantábrica.* Santander.

GUILAINE, J. (1984): le Néolithique Ancien en Languedoc et Catalogne. Elements et réflexions por un essai de périodisation, en *Scripta Praehistorica. Francisco Jordá oblata,* pp. 271 y ss.

IDÁÑEZ, J. F. (1986): Incineración parcial en los enterramientos colectivos eneolíticos del Sudeste Español *Actas de la Mesa Redonda sobre Megalitismo Peninsular* pp. 165-167.

LLONGUERAS, M. (1981): La Balma de la Espluga (Sant Quirze de Safaja, Barcelona) en *El Néolitic a Catalunya* pp. 123-126.

MAZO, C. y UTRILLA, M: (e.p.): La excavación de los abrigos de Las Forcas (Graus, Huesca) en la campaña de 1992. *Arqueología Aragonesa 1992.*

MOURE, A. y FERNÁNDEZ MIRANDA, M: El abrigo de Verdelpino (Cuenca). Noticia de los trabajos de 1976. *Trabajos de Prehistoria 34,* pp. 31-68.

PASCUAL, J. LL. (1990): L'Abric de l'Escurrupènia (Cocentaina, Alacant). Enterrament multiple de cremació del Neolític IIB *Archivo de Prehistoria Levantina* XX, pp. 167-188.

PASSEMARD, E. (1944): *La caverne d'Isturitz en Pays*

Basque. Préhistoire t. IX. Presses Universitaires de France. París.

SACCHI, D. (1986): *Le Paléolithique supérieur du Languedoc Occidental et du Roussillon,* XXI supplément à Gallia Préhistoire.

SACCHI, D. (1990): Bases objetives de la chronologie de làrt mobilier paléolithique dans les Pyrénées septentrionales. *L'Art des objets au Paleolithique,* t. 1 Colloque international Foix-Le Mas-d'Azil 1987. Págs. 13-28.

SAINT PERIER, R. (1930): *La Grotte d'Isturitz. Le Magdalénien de la salle de Saint Martin.* A.I.P.H. Memoire 7. París.

SONNEVILLE BORDES, D. (1960): *Le Palèolithique Supérieur en Perigord.* Burdeos.

UTRILLA, P. (1977): Excavaciones en la cueva de Abauntz (Arraiz). Campaña de 1976 *Príncipe de Viana,* pp. 146-147.

UTRILLA, P. (1978): La cueva de Abauntz, en Arraiz, Navarra. *XIV Congreso Nacional de Arqueología.*

UTRILLA, P. (1979): Excavaciones en la cueva de Abauntz (Arraiz). Campaña de 1977. *Trabajos de Arqueología Navarra* 1.

UTRILLA, P. (1981): *El Magdaleniense Inferior y Medio en la costa cantábrica.* Centro de Investigación y Museo de Altamira, n.º 4. Santander.

UTRILLA, P. (1982): El yacimiento de la cueva de Abauntz (Arraiz, Navarra). *Trabajos de Arqueología Navarra* 3 pp. 203-345.

UTRILLA, P. (1989): Los niveles paleolíticos de la cueva de Chaves. *Cien años después de Sautuola.* Santander.

UTRILLA, P. (1990): La llamada «Facies del País Vasco» del Magdaleniense Inferior Cantábrico. Apuntes estadísticos. *Munibe 42.* San Sebastián.

UTRILLA, P. (1992): Aragón/Litoral Mediterráneo. Relaciones durante el Paleolítico. En *Aragón/Litoral Mediterráneo. Intercambios culturales durante la prehistoria,* págs. 9-35.

UTRILLA, P. y MAZO, C. (1992): Campaña de salvamento en la cueva de Abauntz (Excavaciones de 1988). *Trabajos de Arqueología Navarra 10* pp. 406-411.

UTRILLA, P. y MAZO, C. (1994): El Solutrense en el valle del Ebro. En *El Solutrense en la Península Ibérica. Férvedes* n.º 1. Villalba.

VILLAVERDE V y PEÑA J. L. (1981): *Piezas con escotadura en el Paleolítico Superior Valenciano.* Trabajos varios del S.I.P., n.º 69.

VILLAVERDE, V. (1992): El Paleolítico en el País Valenciano. *Aragón/Litoral Mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria,* págs. 55-58. Zaragoza.